Año 1946 Número 73 Abril - Junio

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras



Conmemoración del centenario primero del nacimiento de la esclarecida sevillana, la Sierva de Dios,

SOR ANGELA DE LA CRUZ

benemérita fundadora del Instituto de la Compañía de la Cruz

30 de Enero de 1846 - 30 de Enero de 1946

Pascual Lázaro. — Sevilla

SUMARIO

Con censura y licencia eclesiásticas

Año 1946 Número 73 Abril - Junio

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

Conmemoración del centenario primero del nacimiento de la esclarecida sevillana, la Sierva de Dios,

SOR ANGELA DE LA CRUZ

benemérita fundadora del Instituto de la Compañía de la Cruz

30 de Enero de 1846 — 30 de Enero de 1946

SUMARIO

Con censura y licencia eclesiásticas

ADVERTENCIA

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras no intenta en manera alguna prevenir el juicio de la Santa Madre Iglesia, sujetándose todos los Académicos que intervienen en este homenaje, a los Decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, relativos al culto de los Santos.



Retrato de la Sierva de Dios Sor Angela de la Cruz
debido a los pinceles del académico D. Juan Lafita y Díaz
y que presidió la Velada conmemorativa

AÑO 1946 NÚMERO 73 ABRIL - JUNIO

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Descripción hecha por la prensa diaria sevillana de la velada conmemorativa

Sevilla celebró solemnemente el primer centenario del nacimiento de Sor Angela de la Cruz

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras evocó el centenario del nacimiento de Sor Angela de la Cruz y su obra benemérita —la fundación del Instituto de Hermanitas de la Cruz— con una velada conmemorativa-literaria que se celebró en su Salón de Actos y que revistió solemnidad y brillo singulares.

Con el Magnífico señor Rector de la Universidad, doctor Mota y Salado, director de la citada Real Academia, tomaron asiento en el estrado presidencial el Capitán General, Sr. Ponte y Manso de Zúñiga; el Vicario General del Arzobispado, doctor Castrillo —que ostentaba la representación del Emmo. Sr. Cardenal, Dr. Segura y Sáenz—, y otras autoridades y representaciones de las distintas Academias y Centros Superiores de Cultura y Arte. También estaban representados el Ayuntamiento sevillano, la Diputación y otras destacadas Corporaciones. El Salón, abarrotado de público selecto, figurando muchas damas: entre éstas estaba la esposa del Capitán General, Marquesa de Bóveda de Limia.

El Magnífico Rector, doctor Mota y Salado, en un discurso sencillo y elocuente, habló del espíritu católico y cristiano de la

Real Academia Sevillana de Buenas Letras, diciendo: «Esta Corporación, que nació en el seno de la Religión de Cristo, tiene hoy como alto honor recordar la obra de Sor Angela de la Cruz, que fué modelo de espíritu de abnegación y sacrificio, llevada de su amor al prójimo, para servir así a Dios.»

Dedicó el homenaje en nombre de la Real Academia y agradeció la presencia en el acto de la representación del Cardenal Arzobispo, doctor Segura, Capitán General y todas las dignísimas autoridades sevillanas.

Después el poeta Rodríguez Mateo leyó un soneto alusivo a las virtudes de Sor Angela de la Cruz.

A continuación, el Secretario primero de la Real Academia, doctor Sebastián y Bandarán, leyó su trabajo —magnífico de documentación y de belleza literaria—, en el que va intercalada una carta inédita de Sor Angela de la Cruz que define cuáles eran sus afanes, sus preocupaciones y sus ambiciones de servir a Dios a través de una vida aureolada por la pobreza y el sacrificio. Dicha carta forma parte de un Epistolario de Sor Angela con cartas al Rvdo. Padre Torres Padilla. La carta leída, excelso Código de amor hacia Cristo y hacia los pobres, está fechada el 6 de Mayo de 1875. Transparentó Sor Angela, en ese luminoso documento, los principios básicos de su vida y de su obra con estas palabras: Obedecer, callar, padecer y morir. Que en mí se haga —termina la carta— la voluntad de Dios.

El Sr. Sebastián y Bandarán fué largamente aplaudido.

Luego el académico electo Rvdo. Padre Moisés Rodríguez, con una versión clara y limpia, leyó una bellísima poesía alusiva a Sor Angela, que la concurrencia siguió con renovado interés.

En la poesía del P. Moisés Rodríguez, de verso rotundo y exacto, se pinta la emoción de Sevilla y la admiración de propios y extraños, ante la obra, llena de santidad y pobreza ejemplares, de Sor Angela de la Cruz; tiene una aureola de veneración e inmortalidad.

La composición, cuajada de bellas metáforas y deslumbrantes imágenes poéticas, hizo que el Rvdo. P. Moisés Rodríguez, en varios pasajes de su trabajo, y al finalizarlo, escuchase ovaciones fervorosas.

El académico y poeta Rafael Laffón leyó un romance de traza ingenua y de fondo moralizador, que fué subrayado con encendido aplauso.

El Rvdo. P. Alfonso Torres, de la Compañía de Jesús, que intervino a continuación, se refirió al principio, como en una parábola, al espejismo que ante los ojos poco acostumbrados a otear horizontes desconocidos, produce por vez primera la visión de los desiertos de Arabia y Palestina.

Habla de las santidades auténticas y de las santidades que no tienen ese carácter y que, como espejismo del desierto, deslumbran y desilusionan. La santidad de Sor Angela era auténtica; posee el oro inconfundible del Amor Divino.

Cristo fué su Amor ÚNICO Y RADIANTE. Hizo luego una acabada semblanza de Sor Angela, afirmando: «Su celo avangélico no era huraño para los andrajos del pobre. Tenía un don del cielo. Su léxico, entre sevillano y bíblico, arrebataba de emoción y toda ella poseía la dulce timidez de las almas humildes y buenas. Su temple era resuelto y temerario para lanzar a las almas por caminos de abnegaciones. Tenía una serenidad magnánima en las horas difíciles. Era su vida, en suma, paz y gozo en el Espíritu Santo.

La santidad de Sor Angela se metía por los ojos; por eso la recordaron y glorificaron en alguna infausta ocasión hasta los incendiarios de templos.

A Sor Angela de la Cruz le acontecía lo que a San Francisco de Asís. La teníamos todos canonizada en vida. La silueta —no digo más que la silueta— de Sor Angela de la Cruz tiene parecidos absolutos con la de San Francisco de Asís, aunque fueron por caminos distintos.

Las masas proletarias, hoy, han huído de la Iglesia de Cristo. La codicia envenena a todos, a pobres y a ricos. Las masas se lanzan al crimen, y los ricos se parapetan tras sus propias riquezas. Pasará el ídolo de unas manos a otras, pero no será derribado hasta que el amor cristiano se refugie en los corazones, desterrando de ellos la codicia, y aprendan todos en las Verdades Eternas las normas con que ha de hacerse el gobierno temporal.

Sor Angela derramó el vaso de alabastro que era su corazón

sobre los pobres, para socorrerlos y consolarlos. Dió, en fin, su corazón a los pobres, haciéndose, como ellos, pobre. Y así enarboló el estandarte de la perfecta pobreza, en cuyos pliegues va la paz del mundo.

Las Hermanitas de la Cruz evocan ahora el centenario del nacimiento de su benemérita Fundadora, sin exhibiciones ni ruidos. Este pregón de la Real Academia de las virtudes de Sor Angela —al que se suma Sevilla entera— no debe inspirarse en suntuosidades espectaculares, no deben ser unas Justas Literarias, porque todo cuanto fuere ostentación o vanidad, en el crisol del corazón de Sor Angela quedaría reducido a cenizas. Que Sevilla derroche en este año de hambres y miserias torrentes de caridad cristiana: ese sería el mejor homenaje a la memoria y a la obra de Sor Angela de la Cruz. Ese homenaje quedará cumplido, porque Sevilla se vuelca por entero cuando hay que ejercitar la caridad de Jesucristo».

Una imponente ovación acogió las palabras finales del Reverendo P. Alfonso Torres, S. J.

Por último, D. Fernando de los Ríos y Guzmán, también académico, leyó dos composiciones repletas de bellísimas imágenes y de tono poético recio y elevado, dedicadas a loar la santidad de Sor Angela y su obra benemérita.

Fué ovacionado con entusiasmo.

Seguidamente, el doctor Mota dió por terminada la solemne ceremonia.

RAZÓN DEL HOMENAJE

por el

Excmo. y Magnífico Sr. Dr. D. José Mariano Mota y Salado

Rector de la Universidad

y Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras nació en el seno de la Igtesia de Cristo; es este su mayor timbre de gloria, su más preciada ejecutoria.

El viernes 16 de Abril de 1751, en una casa de la calle Abades, por feliz iniciativa del entonces sacerdote y Catedrático D. Luis Germán y Ribón, celebraba la sesión de constitución, asistiendo un señor Beneficiado, tres presbíteros y el Caballero de Campo de Su Majestad, dándose por presente al Sr. Cura de El Salvador y dos presbíteros más. Todos ellos, religiosos y seglares, ilustres personalidades de ciencia bien probada y de conciencia por todos reconocida.

El espíritu cristiano de la fundación, por la gracia de Dios, se ha conservado a través del tiempo y en nuestra época lo juzgo exaltado, porque se viene procurando que tengan asiento en la Academia dignísimas representaciones de las Comunidades religiosas establecidas en nuestra capital, y aun más, llenos de fervor religioso, los viernes de Cuaresma estos sacerdotes disertan brillantemente sobre puntos elevados de las enseñanzas contenidas en los Santos Evangelios.

El R. P. Alfonso Torres, S. J., en sesión celebrada el viernes 11 del corriente mes, propuso, y se acordó por aclamación, que en sesión pública, el miércoles día 30 —fecha en la que se

cumple el primer centenario del nacimiento de la Sierva de Dios Sor Angela de la Cruz, fundadora de la benemérita y nunca bien ponderada Asociación de Hermanas de la Cruz--, se le rinda tributo público de admiración, respeto y devoción ferviente, que tanto lo merece la que fué en vida modelo perfecto de abnegación, bondad y espíritu de sacrificio, llevada de un santo amor al prójimo por Dios.

Sin amor a Dios, no es posible amor perfecto al prójimo. El sentimiento de amar al hombre por sí mismo, por múltiples causas tiene que ser muy débil.

Su regla de conducta, todo su afán, aumentar la gloria de Dios en la tierra, viendo en el pobre al mismo Jesucristo, el amor de sus amores.

El espíritu de sacrificio y la humildad constituyen el servicio de la verdadera caridad. Sin espíritu de sacrificio humilde, no puede tenerse fortaleza suficiente, ni contar con esa voluntad firme y perseverante que se opone a todos los obstáculos.

Sus bondades, por todos reconocidas y admiradas, hicieron que, a su muerte, el Excmo. Ayuntamiento de Sevilla le dedicara la calle donde radica la Casa Matriz de la Comunidad por ella fundada.

No creo aventurado afirmar que Sor Angela de la Cruz fué santa desde que tuvo uso de razón, pues siempre se movió a impulsos del Amor Divino.

Todo lo sacrificó al ejercicio de la Caridad: este fué su placer supremo, el móvil de sus constantes actividades; los pobres de Cristo encontraron en Sor Angela de la Cruz una verdadera e inagotable Providencia.

Su espíritu caritativo se conserva, en toda su pureza, en sus beneméritas hijas, las que son queridas, respetadas y admiradas por todos, cualesquiera que sean las ideas que profesen. La Caridad es invencible, y la única fuerza capaz de unir los corazones en la más perfecta unidad, estableciendo la continuidad entre las clases sociales.

El espíritu de sacrificio es muy difícil sostenerlo, porque tiene que luchar con poderosos adversarios.

El amor a los bienes del mundo y a los goces terrenales, Sor Angela de la Cruz los despreció; la humildad fué su constante

compañera, enfocando siempre, como supremo ideal, llegar a la eterna felicidad.

El egoísmo, que a muchos aparta del verdadero camino, no lo conoció; puso toda su confianza en Dios, al que se entregó en cuerpo y alma.

Cuando San Vicente de Paúl quería alcanzar algo de Dios empezaba diciendo: «Preciso es que yo sufra un poco para conseguirlo», y he aquí el único secreto que conoció Sor Angela de la Cruz y que practican sus buenísimas hijas.

Es un honor para la Academia de Buenas Letras la celebración de este acto público y solemne. Reciban las dignísimas autoridades, representaciones y cuantos nos favorecen con su asistencia, la expresión de nuestra profunda gratitud.

Pido a Dios nos bendiga y por mediación de la Sierva de Dios, modelo perfecto de Caridad cristiana, Sor Angela de la Cruz, que conserve a nuestra Academia dentro de la más perfecta moral cristiana, como lo ha estado hasta ahora; que las malas semillas no arraiguen en nuestras sesiones y actividades.

Que siempre se muevan para la elevación de la cultura patria y para la mayor gloria de Dios.

He dicho

MADRIGAL

por el Académico electo Sr. D. Juan Rodríguez Mateo

El enigma de la vida de Sor Angela de la Cruz descifrado por la llama de sus gloriosos portentos

¿Cómo unos pies sutiles de jazmines y de alas
grabaron, a su paso, tan radicales huellas?
¿Cómo el mirar lo mísero cuajó en la altura estrellas?
¿Cómo ariscas espinas fueron líricas galas?

¿Cómo forjó lo negro tan brillantes bengalas?
¿Cómo nació lo alegre de las tristes querellas?
¿Cómo a lo alto subieron tantas acciones bellas
por los toscos peldaños de tan rudas escalas?

Descifra tanto enigma ¡oh Sor Angela Santa!
tu ruta luminosa por el erial del suelo:
de tus manos brotaba el aura del consuelo;

el Amor respiraba por tu ardiente garganta;
pétalos deshojaba tu corazón en vuelo,
¡y un milagro surgía del sello de tu planta!



Fachada de la casa núm. 5 de la Plaza de Santa Lucía, en la que nació la Sierva de Dios Sor Angela de la Cruz

Una cuenta de conciencia de Angelita Guerrero

por el Secretario 1.º

M. I. Sr. Dr. D. José Sebastián y Bandarán, Pbro.

Dedit ei Deus sapientiam... et prudentiam multam nimis et latitudidinem cordis, quasi arenam quae est in littore maris.

(3 Reg., IV-29)

«Fué en la incomparable Sevilla, patria de héroes y de santos, de sabios y filósofos, de artistas y poetas famosos en el mundo entero, por la fecundidad de sus concepciones, por la viveza de su fantasía, por la originalidad de su genio —dice acertadamente su biógrafa—, donde a las siete horas de la tarde del día treinta de Enero de mil ochocientos cuarenta y seis, vió la luz primera una niña, cuyo humilde nacimiento estaba llamado a ser esclarecido en lo futuro, y a llenar con su nombre casi un siglo en esta bendita y privilegiada tierra de María Santísima.»

Con vivísima ternura, con emoción muy honda, celebra hoy Sevilla el centenario primero del nacimiento de Angelita Guerrero y González, acaecido en aquella modesta casita de la plaza de Santa Lucía, marcada con el número 5, conservada providencialmente en el mismo estado que tenía en los días de «Madre» y restaurada ahora con esmerado y cariñoso celo al ser convertida en residencia de las Hermanas de la Cruz; precioso relicario que evoca la visión de los primeros años de la vida modesta y laboriosa de aquella niña privilegiada que había de emular en el ejercicio de la caridad cristiana los hechos gloriosos de Guiomar Manuel y de Catalina de Ribera, para superarlos con admirable heroísmo.

La Real Academia Sevillana, que por finalidad principalísima señalada en el artículo 1.º de su Estatuto tiene, juntamente con el cultivo de las buenas letras, el ilustrar la historia de Sevilla, ha creído que cumple a maravilla este deber, evocando en esta feliz fecha el nombre y la memoria veneranda de la insigne sevillana Angelita Guerrero; no es esta ya la primera vez que este nombre y esta figura resuenan y se admiran en esta casa solariega de las letras hispalenses; en el memorable día de la recepción académica del benemérito hijo de San Ignacio, R. P. Alfonso Torres, todos pudimos paladear con deleite indecible las páginas bellísimas que, comentando los escritos de Sor Angela de la Cruz, forman el tema de aquel interesantísimo estudio.

También en esta ocasión, como en aquella memorable, habeis querido, señores Académicos, que levante mi pobre voz en elogio de la Sierva de Dios; y en verdad que lo hago gozosísimamente por la veneración rendidísima que profesé en su vida a «Madre» y por el culto fervoroso que desde su dichoso tránsito le rindo, esperando que termine felizmente el proceso de su beatificación y podamos ver elevada al honor de los altares a quien tan de cerca y tan repetidamente tuvimos la dicha de tratar, admirando sus sólidas virtudes.

Y hemos juzgado oportuno en este día feliz no hablar por cuenta propia; siempre resultaría pobre y sin vida nuestra alabanza, comparada con lo que merece «Madre»; va a hablaros ella misma; diré mejor: va a enseñarnos doctrina tan excelente y alta, tan tierna y encendida, tan sólida y perfecta, que al escucharla conocereis, señores, los quilates del oro purísimo de la santidad de Sor Angela.

Voy a leeros una página preciosa, hasta ahora inédita, de ese interesantísimo manuscrito: «Documentos íntimos de Sor Angela de la Cruz», que cual tesoro riquísimo guardan sus Hijas, esperando ocasión conveniente para poder publicarlo; está integrado por *cuentas de conciencia,* dirigidas por la Sierva de Dios al insigne capitular sevillano D. José Torres Padilla, *el santero,* varón escogido por Nuestro Señor para dirigir e informar tan privilegiado espíritu; entre las muchas bellísimas contenidas en el manuscrito, empezado a escribir en 11 de Octu-

bre de 1874 y concluido en 19 de Febrero de 1878, hay una singular, tanto, que aquel prudentísimo sacerdote, teólogo distinguido en el Concilio Vaticano y director de santos, la señaló especialmente, poniendo de su puño y letra esta apostilla a la carta mencionada: *Es muy notable todo lo que aquí se contiene.*

Citábala en su discurso de ingreso, como no podía ser por menos, el R. P. Alfonso Torres, lamentando no poder detenerse en su contemplación; vais, por tanto, a escucharla por vez primera en toda su amplitud, ya que hasta hoy sólo sus Hijas han podido gustar doctrina tan hermosa e inspirada; escuchadla, os lo ruego, señores, con la mayor veneración y respeto, devoción y cariño; ella revela el poder de la mano del Señor tocando a sus criaturas; trueca a una ignorante y pobre zapaterita en doctora y maestra de altísimas sendas de perfección cristiana; hace patente, además, esta admirable *cuenta de conciencia* el cimiento solidísimo sobre el que está fundada la Obra de «Madre»; nos da la clave cierta de la heroicidad de sus virtudes y justifica su nombre religioso: «Sor Angela de la Cruz»; es ella, en fin, vivificante estímulo para que sus abnegadas Hijas realicen a maravilla su misión hermosísima: «el oficio de víctimas».

Todo esto, si prestais atención, admirareis en este sublime trozo de la vida interior de la que era en aquella fecha *Angelita Guerrero,* ya que escrito en 6 de Mayo de 1875, fiesta de la Ascensión del Señor, faltaban aún tres meses para la fundación de la Compañía de la Cruz, y para que la devota y caritativa aparadora de calzado inaugurara, en el memorable día 2 de Agosto de aquel año de gracia, un nuevo Instituto religioso que había de ser ornamento precioso de la Santa Iglesia, legítimo orgullo de los sevillanos y admiración de propios y extraños.

Ahora, escuchad, señores; es «Madre» la que habla:

«Jueves 6 de Mayo, día de la Ascensión de Nuestro Señor. Padre, yo voy a decirlo todo con la mayor sencillez que me sea posible, y como lo siento en mi interior, sin buscar palabras que no suenen, sino las mismas que me sirven a mí para penetrarme más de estas cosas, estudiándolas después que pasan; porque voy a decir una cosa de la humildad que aunque

a mí me parece bien, hasta que no lo oiga de V. no estoy completamente segura. Al principio de mi conversión, y después, la idea que yo formaba de la humildad era ocultar a mi vista todas las obras buenas y no ver más que lo malo, y si alguna vez tenía que hablar de espíritu de alguna cosa que no era común, todo me parecía falta de humildad, pero... ¡lo que era cerrar los ojos para no ver! Ahora pienso de otro modo, conociendo que la verdadera humildad consiste en el conocimiento de mi nada, conocer que si tengo algo bueno es de Dios y si malo, mío, y ¿por qué no ser agradecida a Dios cuando nos hace algún beneficio? ¿Por qué privar a nuestras almas de conocer lo que Dios hace con ellas, aunque sea una miserable pecadora, para despertar más y más la gratitud y el deseo de serle fiel? Esto no sólo no se opone a la humildad, sino que es conveniente; y esto, junto con la obediencia, me hace hablar sin rodeos.

La desgracia de ver a las almas en peligro de condenarse me causaba una grande pena; mi corazón estaba más vivamente penetrado de este sentimiento y más que otras veces me dolía su perdición y pensando en ellos me decía yo misma: ¿pero han de perderse? ¿Y no habrá para ellos remedio? Porque son ciegos voluntarios que se han olvidado de su Dios después de haberle conocido por una cristiana educación. Y al mismo tiempo que esto pensaba, sentía un grande deseo de padecer cuantos trabajos pueden padecerse en este mundo y ofrecérselos a mi Dios para alcanzar la conversión de las almas.

Pero yo conozco que esto será un beneficio extraordinario y me acordé de la devoción de los siete domingos de San José, como un medio eficaz para conseguirlo; pero en el mismo momento sentí una inspiración más fuerte de acudir a la Santísima Virgen y ponerlo en sus manos; porque si tantas conversiones se hacen por la intercesión de San José ¿cuántas también se harán por nuestra queridísima Madre? Esto aumentó mi confianza y empecé a ofrecerme como víctima por las almas, esperando de mi dulce Madre favor tan deseado.

Pero yo tengo que advertirle a V. una cosa que yo notaba. Cuando yo me ofrecía a Su Majestad, conocía como que mi muerte no estaba tan cerca como la de las víctimas que les es llegada la hora de consumar su sacrificio con el término de su

vida, y por eso, aunque tanto deseo morir, no le pedía a mi Dios morir, porque temía que no me lo concediera, pero sí vivir en un continuo penar. Desde el martes 4 me ofrecía continuamente a mi Dios, pero hasta el miércoles por la noche no lo hice con permiso, porque no había visto a mi Padre; y el jueves 6, que empecé este pliego, por la mañana, desde que empecé la oración me encontraba tan dispuesta a continuar ofreciéndome y seguir pidiendo, que no sabía hacer otra cosa, pero yo me sentía con mucho fervor. De pronto, se aumentó, y también el deseo de amar a mi Dios, o más bien, parecía que ya le amaba con la ternura de una esposa, que se ve mucho más inferior que su amante y, a pesar de esto, es correspondida sin merecerlo. Sí; yo sentía mucha ternura hacia mi dulce Jesús, tan bueno, tan amable, tan misericordioso, tan perfecto y tan santo; este amor tan tierno me duró algún tiempo; hasta oir el nombre de mi dulce Amado me hacía derramar lágrimas. En aquel momento desaparecieron los trabajos pasados y quedó el alma en una dulce paz, pero sin apartarse del ofrecimiento. Y al mismo tiempo parecía que el espíritu se levantaba de la tierra, sin querer más que imitar a su dulce Maestro, que desde que estaba en la mente de Dios ya era la víctima destinada a remediar al mundo; y Dios aceptaba los sacrificios de las víctimas ofrecidas por los hombres, en cuanto eran figura de aquella víctima, sola agradable a Dios y única que podía satisfacer a la justicia divina y ganarnos el derecho de hijos de Dios, que perdimos desde el primer pecado que se cometió. Y yo lo consideraba víctima, antes de su encarnación, después y siempre; yo sentía en mi interior un llamamiento fuerte a conformar mi vida, en cuanto me fuera posible, con este sacrificio continuo y, aunque no sentía nada de escrúpulos, pero sí un grande deseo de padecer, con las condiciones que tengo escritas en el papel de los propósitos. Esto me pasó antes de comulgar y después yo no sentía más que dos cosas: un grande deseo de padecer por mis hermanos y un amor muy tierno a mi Dios. Y de esto nacía una confianza grande de que Dios aceptaba mi ofrecimiento por las almas, que por la intercesión de nuestra queridísima Madre, se convertirían; esto llenaba de consuelo mi alma y derramaba lágrimas más dulces que todo cuanto se puede gozar en este

mundo, y me consideraba tan dichosa sin vivir en este mundo, a imitación de mi Divino Maestro, más que la vida de sacrificio, que ya me parecía imitarlo, en lo que le sea posible a una criatura, y decía: ya no pertenezco a este mundo más que para ser víctima; si como, si trabajo, si descanso, si padezco, todo para este fin; y más y más lo deseaba. Cuando fuí a la Catedral, tuve que hacer poco para encontrarme en la presencia de Dios, con los mismos afectos de amor y deseo de padecer, y me seguía también la misma paz. Y aquí fué donde yo conocí que Dios daba a mi alma luz para conocer un misterio desconocido para muchos. ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Todavía se consuela mi alma con su recuerdo! Yo conocí, de pronto, con bastante claridad, sin buscar esta meditación, sino que Dios me la quiso dar porque fué su voluntad, los distintos caminos por donde las almas llegan a lo más elevado de la perfección; y parece que veía a algunos que caminaban por el Tabor, donde Nuestro Señor hablaba con Moisés y Elías de su pasión; también allí la tenía presente, pero con todo aparece en el esplendor de su gloria. Estas almas también tienen presente siempre la pasión y por eso tantas penitencias y privaciones sufridas por su Dios; estas almas son muy privilegiadas y muy santas, y son pocas, como pocos fueron los apóstoles que en el Tabor le acompañaron; pues de doce sólo tres, pero los más amados, como queridísimas son también de Dios estas almas a quienes colma de gracias y dones; y los consuelos casi continuos, y la paz de su conciencia y conocimiento que tienen de Dios y sentirlo tan cerca, todo esto les hace no sentir el padecer y más parecen ángeles que criaturas con cuerpo. Así entiendo yo este camino. Pero en la vida de nuestro amado Maestro se encuentran todos los caminos que llevan a la perfección. Es verdad, Padre mío, que esto lo sabe V. mucho mejor que yo y no quiere V. que me detenga más en esto, porque si V. lo quisiera, yo lo explicaría como lo entiendo, por no faltar a la obediencia, pero no es preciso y tengo que hacer tiempo para lo atrasado.

En la pasión se encuentran varios caminos, pero entre todos ninguno como el de la Cruz. Y ¡Dios mío! ¿quién puede comprender su excelencia? A mí me parece ver a mi alma pasar por todos estos caminos de la pasión menos por el del Tabor

y adelantar más, sí, todavia más, y no pararme en el agujero de la peña, sino adelantar más todavía, hasta llegar a aquella tristísima agonía y mortales angustias que sufría Nuestro Señor poco antes de morir. ¡Dios mío, ayudadme para que yo pueda explicar esto!

Nuestro Divino Maestro nos enseña el más sublime de todos los grados de amor a que puede llegar un alma, el más desinteresado y el más perfecto; parecía que se levantaba un poquito del velo que cubre el misterio del amor, para que el alma comprendiese alguna cosa; pero yo conocía que por mucho que en esto se estudie no se puede comprender todo. En fin, vamos a seguir. No sólo padece Nuestro Señor en todo su cuerpo tormentos incomprensibles por su grandeza, sino también en su alma padece más, muchísimo más. Y en esto se puede conocer que se aumentaron sus penas interiores de una manera que no tiene comparación con las de antes; porque hasta entonces vemos que la divinidad ayudaba a la humanidad, fortaleciéndola, a padecer no como hombre, sino como Dios; y en toda su pasión, ni una leve queja salió de sus labios; por el contrario, su igualdad en todo y aquella dulzura que expresaba su semblante, llamaba la atención hasta de los que lo atormentaban, que no pudieron, por más que hacían, ver ni la más leve señal de impaciencia en Su Majestad. Pero cuando apura la última gota del cáliz, se ve cubrirse de congoja mortal y... ¡qué sufriría nuestro amado Señor cuando exclama: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»! Y yo me callo sobre este punto, porque ninguna pluma al llegar aquí debe seguir escribiendo, y mucho menos la de una pobre negrita; lo único que se debe hacer es, en el silencio y en la oración, esperar con humildad que Dios nos dé aquella luz que sea su voluntad, para conocer este beneficio de lo mucho que Nuestro Señor padecía por nosotros y, después, guardarlo en nuestro corazón para que sea nuestro alimento diario. Pero, como Dios mío, y el alma que sea llamada a este grado de padecimiento, que exclame contigo las mismas palabras, ¡ah Díos mío, y qué dichosa puede llamarse! Y si después le concedes la gracia de que en este penar fije su morada y muera con tu agonía, es más dichosa todavía.

Padre, yo sentía en mi alma una seguridad de que Dios iba

a concederme este gran beneficio. Sí, grande; y es verdad, Padre mío, que nunca sabré agradecérselo bastante. Ya me parecía verme al lado de mi Dueño, sin consuelo de ninguna especie, viviendo en el Calvario en un continuo penar hasta la muerte. Pero, al mismo tiempo, yo conocía toda la grandeza de este camino, el último que se encuentra en la pasión. Porque ¿qué pasará cuando un alma, así purificada en este continuo penar, privada siempre de todo consuelo y muriendo en este desamparo, abra los ojos en la otra vida y se encuentre en los brazos de su Esposo, Esposo tan querido, Esposo tan amado y tan deseado, Esposo tan adorado? ¿Qué, qué pasará en esta bendita alma, de negra, transformada en una virgen hermosa de las que siguen al Cordero y de una blancura que no tiene comparación? ¿Hasta dónde la elevará su amado Esposo? ¡Ah! Ella, privada por tanto tiempo del cariño de su Amado, descansará dulcemente en sus brazos y... ¿quién podrá quitarle su dicha? ¡Oh misterio del amor! ¿por qué no te estudiamos? El alma que estaba empapada en estos sentimientos, despreciaba todos los consuelos humanos como una poca de basura corrompida que atormenta su mal olor; y los espirituales también los renuncié, pero sin despreciarlos. Al comprender el alma la grande perfección que encierra este género de padecer, lo desea como el avaro sus riquezas; pero no, no quiero hacer esta comparación tan baja, para cosa tan buena. Ella desea llegar a este estado, porque conoce que no hay camino que le iguale. ¡Oh padecimientos! ¡oh angustias, y qué agradable haceis a la negrita a los ojos de aquel gran Rey, por quien ella está loca de amor! En el fondo de mi alma sentía también una seguridad de que Dios me lo iba a conceder, que ya me parecía verme unida a mi dulce Amado, exclamando a imitación suya: «Dios mío ¿por qué me has desamparado?» Esta sola era la causa de aquellas dulces lágrimas y consuelo tan puro que sentía, pero era tan grande el ansia que sentía por padecer, que la luz por la que yo conocía este grande beneficio y el consuelo que inundaba mi alma, me parecían un impedimento para llegar a esta altura. Pero después conocí que, si es una imitación de Nuestro Señor, ¿cuándo dió las mayores pruebas de su divinidad sino en su muerte? Y en cuanto hombre, padecía aquellas penas interiores que nadie

puede comprender, por el conocimiento claro que tenía de la divinidad.

Yo saco de aquí que la parte principal de este camino consiste en las penas interiores, porque para llegar aquí hay que pasar por muchos grados de perfección que la hacen insensible a los padecimientos del cuerpo; y la otra, también el alma llegará a esta altura por una grande fidelidad a su Dios; de modo que por esto padecerá, aunque Dios la ilumine cuando sea su voluntad. Padecerá por lo que he dicho antes, sin temores, sin escrúpulos ni remordimientos, diciendo también con su Divino Maestro: «Todo está consumado». En todo, Dios mío, he hecho tu santa voluntad.

Después empezó el sermón, y cuando yo oía la explicación de este misterio, sentía como si besara con grande respeto los pies de mi Señor y me despedía de Su Majestad para fijar mi morada en el Calvario, que es el imán que tira de mí. Yo creo que si soy fiel, Dios me concederá esto y que por eso me lo ha hecho conocer, para que haga lo que esté de mi parte para conseguirlo. Yo conozco que no he empezado todavía este camino de sacrificio, y que la víctima debe ser lo más hermoso del rebaño de mi pastor y yo soy una ovejita negra, la más negra del rebaño de mi pastor. Los medios para que esta ovejita alcance la hermosura de una víctima ya aceptada por Dios, son cuatro: obedecer, callar, padecer y morir. *Obedecer,* no sólo a mi Padre en todo por la obligación del voto, sino a todos; aunque algunas veces me vea en una humillante obediencia, y me cueste mucho, siempre tendré la condición de obedecer y nunca la de mandar; porque si alguna vez me veo en la precisión de enseñar, corregir o aconsejar, no lo he de hacer más que por obedecer a Dios después de conocida su voluntad, por obedecer al Padre cuando así lo mande y por obedecer a mi conciencia, cuando conozca este deber. *Callará* siempre la víctima, en las calumnias y en todas las ocasiones que se le presenten de disculpa y justificación, siempre callar. Y si Dios le regala con enfermedades dolorosas y repugnantes, como el mal de San Lázaro, o si se ve llena de animalitos, como los piojos, que me causan tanto horror, todo lo llevaré conforme, como víctima que *sufre y padece.* En fin, lo último *morir,* a imitación

de las almas que están en el purgatorio, que padecen sólo en la presencia de Dios y sus parientes y amigos las creen descansando; por eso los que llorarían con ellas si fueran testigos de sus penas, ríen y se divierten sin acordarse de estas pobres almas; pues así debe morir la víctima ofrecida a Dios por la conversión de las almas; aunque en su interior sufra un purgatorio, nada debe conocerse en su exterior, de modo que todos crean que más bien goza que sufre, porque ella no tomará parte en las cosas de este mundo más que en lo que le corresponda a una víctima; pero nadie notará su ausencia, porque saben que ha muerto a los placeres de este mundo, renunciándolos a la vista de todos. La Virgen Santísima es la que lleva algún consuelo a este calabozo, derramando el bálsamo consolador de la sangre del Cordero; y el ángel portador de los sufragios que por ellas se hacen en la tierra, también las consuela, porque estos sufragios les acortan los dias de expiación. Pues lo mismo pasa a la víctima en su estado de muerte; sólo la Madre cariñosa, la más pura de todas las criaturas, será la que la consolará y ella contará sus penas a esta amada Señora y pedirá y clamará para que le alcance la fortaleza que necesita; y el ángel será su confesor, elegido por Dios para enseñarla y corregirla, para llenar la medida que Dios quiere de ella y llegar al término de su viaje.

Padre, he concluido; perdóneme V. todo lo que he disparatado, porque yo he puesto todo lo que siento y conozco, pero hasta que V. me diga si está al gusto de Dios no estoy tranquila. Pero, Padre de mi alma, grande era el compromiso que tenía con Su Majestad, pero ahora es mayor. Usted que lo comprende mucho mejor que yo, sabe la fidelidad con que debo corresponder a mi Dios; y a mi me pasa estos días como a uno que va a hacer un viaje y está preparándolo todo, sin tener sosiego hasta no estar todo arreglado; yo me preparo para que se haga en mí la voluntad de Dios, pero la preparación principal, y que yo deseo con ansia, es que examine V. todo esto y me corrija en lo que yo esté errada y me mande lo que debo hacer si hay alguna cosa nueva que hacer.

Padre, perdone V. a su negrita, que aunque yo sé que no tengo necesidad de decir esto, lo digo para que V. vea lo dispuesta que estoy para todo.

Yo me abandono en las manos de V., como el enfermo que desea con ansia la salud; no se pare V. ni en lo amargo de las bebidas, ni en lo doloroso de la cura; que me corte, lo que importa es la vida de sacrificio. Y ahora, como una buena hija después de arreglar el viaje espera la bendición de su padre para partir, así espero yo la de V. para empezar mi vida de víctima, siempre obedeciendo, siempre callando, siempre padeciendo y siempre muriendo.

Perdóneme V. todo y que escriba tan mal; lo hago de noche y con el sueño se me ponen los ojos tan penosos que no veo.

ANGELITA GUERRERO.»

Al terminar la lectura de tan sublime *cuenta de conciencia,* revelación maravillosa de las virtudes altísimas de «Madre», forzoso es repetir las palabras con que comenzábamos: «Dióle Nuestro Señor sabiduría y prudencia celestiales y un corazón más ancho y dilatado que las playas sin término que circundan los mares».

HE DICHO

La vuelta de Sor Angela

por el Académico electo

R. P. Moisés Rodríguez Alvarez, S. P.

Rector del Colegio Calasancio Hispalense

Entre recuerdos de ayer
y recelos del mañana,
cuando el corazón se afana
con anhelos de vencer;
cuando no logramos ver,
tras un oscuro capuz,
el porvenir.... una luz
a nosotros se aproxima,
nos enardece y anima:
¡Sor Angela de la Cruz!

Son los ángeles, señores,
espíritus luminosos:
y en ella advertís gozosos
que era *serafín de amores.*
Mas de estos claros fulgores
la llama aún se acrecienta,
si considerais la luz
que chorrea de esa *Cruz*
que como apellido ostenta.

Mientras que los siglos rueden
y nuevos odios susciten,
los que con la Cruz se irriten



Patio interior de la casa en que nació la Sierva de Dios Sor Angela de la Cruz

sentirán que nada pueden...
Los cristianos que se queden
al amparo de sus fueros,
hallarán en sus senderos
resplandores diamantinos...
¡Cruz! ¡Bordón de peregrinos
y alivio de viajeros!

Con toda la majestad
que da el tiempo cuando pasa,
hoy Sor Angela a su Casa
vuelve a dar actualidad.
¿Se marchó? No, no es verdad;
porque la verdad sencilla
es que aquella maravilla
de mujer morir no pudo...
¿Quién iba a romper el nudo
que la ataba a su Sevilla?

¿Quién cortara, en su demencia,
aquel pimpollo lozano,
que en el jardín sevillano
creció con más opulencia,
si, además, la Providencia
tanto su raíz fijó,
su tallo robusteció
y le dió tales olores...?
Morirán todas las flores,
pero Sor Angela, no.

¿Iba Sevilla, con pena,
a dejársela escapar?
¿Iba a dejarse apagar
aquella llama serena?
De esta ciudad en la escena
como el sol se abría paso;
como en cenit limpio y raso
era antorcha esplendorosa...

Astro de luz tan hermosa
¿puede llegar al ocaso?

¿Sevilla, prócer matrona,
iba, en su triunfal proscenio,
a dejarse hurtar al *genio*
que alentaba en la persona
de Sor Angela, corona
que a Sevilla más exalta?
¡Si su gloria era tan alta
que un sepulcro no la cierra!
¡No pudo dejar su tierra
quien hace aquí tanta falta!

¡Sor Angela es inmortal!
Sevilla con gozo canta;
hoy su efigie se agiganta
del tiempo tras el fanal...
Un siglo por pedestal
más eleva su figura,
que con luz propia fulgura
entre los nombres señeros...
¡Cien años! ¡cien pregoneros
de su infinita ternura!

Quiso, no obstante, la muerte
—ministro fiel del Destino—
atajarla en su camino
para darle mejor suerte.
Cuando el cuerpo caía inerte,
se alzaba su obra genial;
ésta es su aliento vital,
que vivo y caliente advierto;
y el que en un siglo no ha muerto,
ya no muere: ¡es inmortal!

Inmortal, sí... La corriente
del tiempo que, cuando pasa,

granito y bronces arrasa,
demoledora y potente,
acaso con fiero diente
su tumba muerda con saña;
mas se afirmará su hazaña,
aunque aviente su ceniza,
que su nombre cristaliza
ya en la conciencia de España.

El que lágrimas vertía
con desconsuelo que espanta,
¿va a olvidar a aquella *Santa,*
que en sus ojos las sorbía?
Si fué sembrando alegría
en el pecho de las gentes;
si Sor Angela a indigentes
quitaba penas y enojos,
¿deben cerrarse los ojos
que eran de consuelo fuentes?

Sor Angela, en noble guerra,
propicia para su anhelo,
más se elevaba hacia el cielo
cuanto se ataba a la tierra.
¡Qué gran tesoro se encierra
en aquella vida pura,
yunque en que, con mano dura
y a golpes de altos deberes,
repujaba sus placeres
sobre planchas de amargura!

En remanso cristalino
de merecidas quietudes
descansan ya las virtudes
de su celo peregrino.
De lo áspero del camino
se desvaneció el pesar;
la esperaban, al llegar,

un rumor de fuente clara
y los mármoles de un ara
bajo el lienzo del altar.

¿Qué haría el ciervo dolorido
sino correr a la fuente?
¿Qué la paloma inocente
sino volar a su nido?
¿Qué hará el cóndor atrevido
sino ir a cimas mayores?...
Buscando los esplendores
de la Gloria el ángel va...
Sor Angela ¿a dónde irá
sino al Dios de sus amores?

¡Madre! Ya que así te alejas
según esta fecha marca,
no abandones la comarca
donde tu fragancia dejas...
Te seguirán nuestras quejas
hasta esas cimas serenas
patria de las almas buenas...
Sabemos que en esas cumbres,
cuanto más alto te encumbres
mejor verás nuestras penas.

Alto está el sol, y nos baña
con su espléndido arrebol;
alumbra tú, que eres sol,
a tu Sevilla, a tu España.
En la fecunda campaña
de tu *Compañía,* bien
aún a su lado te ven
las que como tú trabajan;
que si los ángeles bajan,
¿no has de bajar tú también?

Vuelve a nosotros; tu gloria
disipe penas y duelos...

Si la dicha de los cielos
no hace perder la memoria,
no olvides tu ejecutoria
de *Angela,* o *ángel,* mejor,
de esta tierra de tu amor,
que te admira y te venera,
que te tiene por bandera,
por ángel, estrella y flor.

Esta fiel generación
que honra hoy tu Centenario,
no olvida que fué el Calvario
el Tabor de tu ilusión.
No va a volcar profusión
de flores sobre tus huellas;
quiere con acciones bellas
enaltecer tu memoria,
para, junto a ti en la gloria,
ser tu corona de estrellas...

Mande Sevilla mujeres,
vengan madres españolas
—las de santas aureolas
en su hogar o en sus talleres—
a decir lo que tú eres...
Y bien puede suceder
que tus prestigios al ver,
en la emoción de su afán,
pregunten: Si eso es mujer,
los ángeles, ¿qué serán?

Romance sevillano de la Santidad de Sor Angela

por el Secretario 2.°

Sr. D. Rafael Laffón y Zambrano

De la santidad ¿quién dijo,
Señor, que no tiene patria?
Son las alas para el cielo,
para el suelo las entrañas.

* * *

Por las calles de Sevilla,
pasito a paso, una Santa,
del Salitre al Baratillo,
del Barrezuelo a Triana.
Fué pueblo—salió del pueblo—,
y entre el pueblo está a sus anchas.
Corrales de cien vecinos,
tragedias de alcoba y sala...
y el hospital, y una piedra
donde la sangre se cuaja.
Para la pena, penita,
con qué buen ángel, Sor Angela:
—Hermana, se muere el niño...
—Se muere mi madre, Hermana...
Junto al cabezal sombrío,
una estrella desvelada...
Y oración y agua bendita...
Y escobas y agüita clara.
Y el enfermo sana o muere;
mas sana o muere en su cama.

¡Sor Angela, qué «Negrita»!
(Trabaja que te trabaja...)
Carmines de aljofifado,
añil de ropa calada,
alhucema en el hornillo,
enjalbegado en la casa,
cocinita y su puchero,
ventanita y su albahaca.
Cuánta Cruz —la Cruz fué de ella—,
para su pueblo, qué gracia.
Corrales de cien vecinos,
tragedias de alcoba y sala.
Sevilla, Santa en Sevilla
—la Macarena, Triana...—

* * *

Santidad de hogar con fuego,
con yerbabuena y cal blanca.

Espíritu de pobreza de Sor Angela de la Cruz

por el Académico numerario

Rvdo. P. Alfonso Torres, S. J.

Hace años navegábamos, hacia el mar Rojo, unos cuantos aficionados a los estudios bíblicos, contemplando a los lados del canal de Suez los resecos arenales de Arabia y de Egipto. De pronto nos hizo clavar los ojos en la lejanía una visión de paraíso. Surgieron como por ensalmo, de los arenales, campos verdeantes, bosques frondosos y hasta lagos transparentes. El gozo se nos escapó a todos espontáneamente por los labios, menos al bondadoso Padre Malón, nuestro guía y maestro, que empezó a sonreir medio beatífica y medio picarescamente, y a mirarnos como se mira a niños ilusionados con un juguete. A poco empezamos a encapotarnos y ponernos mustios, como niños a quienes el juguete se les ha roto. La visión de paraíso empezó a desvanecerse como si fuera un sueño y momentos después había desaparecido del todo. Era el espejismo del desierto. En contados minutos nos había seducido y desilusionado.

Santidades hay que son como espejismos del desierto. Surgen de improviso en nuestro horizonte espiritual, y nuestra ingenuidad inexperta nos hace clavar en ellas los ojos y el corazón. El deseo de encontrar santos es tan ardiente, que canonizamos con precipitación hasta las vanas apariencias de santidad. Un mojón más, nos parece un santo de altar. Las líneas sinuosas e imprecisas de la ficción, parecen dibujar lealtad, sinceridad, abnegación, recogimiento, delicadezas de virtud y hasta heroísmos. Pero pronto o tarde las líneas impre-



Oratorio erigido en la habitación en que vió la luz primera
la Sierva de Dios Sor Angela de la Cruz

cisas cabrillean y comienzan a dibujar un jeroglífico que al principio nos confunde y desconcierta. La interpretación total del jeroglífico no suele tardar. La da fríamente ese Champolión inexorable que se apellida realidad. Dentro del cartucho hierático, leemos letra a letra y sílaba a sílaba, a través quizá de nuestras lágrimas, egoísmos, envidia, ruindad, ficciones, mentiras. El espejismo se ha desvanecido encapotándonos el corazón, y vuelve otra vez el desierto con sus resecos arenales, sus líneas muertas, sus lejanías caliginosas: el desierto del corazón, infinitamente más desolado que todos los desiertos de Arabia.

No siempre es así, pues nunca faltan en la Iglesia de Cristo santidades auténticas, infinitamente mayores que cuantas pudo soñar nuestro deseo. Cuando Dios nos hace la misericordia de que las encontremos, sobre todo si es después de amargos desengaños, es, para seguir usando imágenes orientales, como cuando el viajero, tras mucho caminar por los arenales infinitos que separan a Palestina de la Mesopotamia, ve surgir de pronto hacia el Norte la perla del Oriente, el oasis encantado de Damasco. El alma descansa, se dilata y hasta se desborda. Como Andrés cuando dijo a su hermano Pedro: *Hallado hemos al Mesías;* pues encontrar una santidad asi es encontrar al mismo Jesucristo.

Tienen las santidades auténticas esta condición: que cuanto más se acerca uno a ellas, más se agigantan. Y por paradoja, cuanto más se esconden, más brillan. El ocultarse de la humildad tiene centelleos de luz divina, como el pavonearse del exhibicionismo tiene sombras de muerte. Es fuego fatuo en un cementerio de virtudes.

La santidad de Sor Angela de la Cruz, es de las auténticas. Cuanto más nos acercamos a ella, más se agiganta y más luce. La miramos y remiramos, y por todas partes nos deslumbra con heroísmos evangélicos; aguzamos la vista como para descubrir átomos de cuarzo o de granito, ganga entre el oro, y no logramos ver otra cosa que oro y más oro; el oro inconfundible del amor divino. Desde lejos nos atrae la divina armonía de sus líneas; desde cerca intuimos, palpamos que cada golpe de cincel es un milagro de la gracia divina. Como en los Cristos de Juan de Mesa y de Montañés, pues en Cristo Crucificado vivió Sor

Angela transfigurada. El fué su vida, porque fué su amor único y radiante. Como ella escribía, pensando que nunca leeríamos sus palabras: «Me voy al Calvario, porque en él he puesto mi nido». Por eso ni cuando vivía, ni después de muerta, hemos podido jamás acercarnos a ella, no digo con recelos interrogativos, pero ni siquiera con tibieza y encogimiento. Nos entregamos, nos engolfamos, lo damos todo, como lo dió el hombre de la parábola evangélica cuando encontró el tesoro escondido.

¿La recordais? ¿Os dice su recuerdo algo que no sea de Dios? Aquellos ojos serenos y transparentes, que no se marchitaron nunca, donde parecía leérsele hasta el fondo del alma, teniendo ingenuidad, penetración, paz interior, como deben tener las miradas de los ángeles. Aquel hablar sin aliño tenía la transparencia de la verdad, la dulcedumbre de la caridad, la mesura sin estudio de la prudencia infusa, el fuego sagrado del fervor. Aquel trato sin arrumacos, tenía señorío innato, el señorío de quien ha enseñoreado con radical renuncia todo lo que no es Dios, y tenía además esas suaves ondulaciones del celo, que se hace todo a todos, y ni es huraño para los andrajos del pobre, ni se deslumbra con aristocracias encopetadas. Aquellas maneras tan de santa, que no sabían de cortesías mundanas, pero sabían de inefables delicadezas, no estaban encajadas en amaneramientos reglamentarios, pero tenían unción de cielo. Aquella luz de Dios para penetrar los corazones y discernir los espíritus, tan palpable que todos teníamos la sensación al hablar con ella de que nos estaba leyendo hasta lo más hondo del alma; aquel léxico no estudiado, entre sevillano y bíblico, que ni sonaba a hueco ni era rústico, ni refinado, ni dejaba jamás en los oídos el sonsonete de una palabra artificiosa, y que siendo al revés de nuestro léxico mundano, como añoraba San Francisco de Borja, todos lo entendíamos como si oyéramos lenguaje lugareño, y a todos nos inundaba de una luz que no captan las fórmulas contrahechas ni saben difundir los más refinados recursos de la retórica; aquella dulce timidez de alma humilde, tan en armonía con su figura menudita, que se transparentaba como suave rayo de luna a través de las frondas; aquel temple firme, resuelto, temerario según nuestro léxico, que le hacía lanzarse y lanzar a las almas por el camino estrecho del Sermón de la montaña,

sin un titubeo de incertidumbre, sin un encogimiento de pusilanimidad, y a la vez, sin la más tenue levadura de altanería; aquella serenidad magnánima en las horas difíciles que es olor de violetas, de lirios y de rosas, resplandor difuso de Dios, nostalgia de cielo, suavidad de Belén, aura del Calvario, atisbo de eternidad, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Hay santidades que aun siendo auténticas y de buena ley necesitan una cierta exégesis que las descubra e interprete; y hay otras que, aun sin pensar, se nos meten por los ojos. La de Sor Angela es de estas últimas. Tan se mete por los ojos que la ven hasta los ciegos. ¿Recordais cómo la glorificaron por santa, en la hora de la verdad, hasta los incendiarios de imágenes y templos? Es la evidencia misma que se impone. Pudiera ser que no la glorificase sin reticencias alguna de esas almas resentidas a quienes hace sombra hasta la misma santidad de los santos; pero esta excepción, si existiera, más bien sería una comprobación y una gloria.

A Sor Angela le acontece lo que a San Francisco. Hasta los mismos que no comprendían ni aceptaban la obra del Poverello, como un Fray Elías, lo tenían por santo y andaban disputándose la posesión de sus restos mortales antes de que muriera. También a Sor Angela la teníamos todos canonizada en vida. Creo que el secreto está en que la silueta de Sor Angela es la misma de San Francisco. Decía Santa Teresa de sí misma que era dominica *in passione*... Sor Angela pudo decir que era franciscana *in passione*...

Pero notad bien que he dicho la silueta y nada más que la silueta. Tallada fué Sor Angela según los cánones y estilos de la perfecta pobreza evangélica, como lo fuera San Francisco, y esto le da aire de familia, traza y estampa franciscana. Pero las dos figuras no son idénticas. Mesa talló el Cristo del Amor y el Señor del Gran Poder con cánones y manera de un mismo arte y sus creaciones salieron diferentes.

Si deleitoso es para un artista comparar menudamente las dos imágenes de Mesa, para percibir por semejanzas y contrastes hasta las bellezas y primores más recónditos, lo es todavía más para las almas de fe, comparar santo con santo, para rastrear, como decía San Pablo en la más ardorosa y arrebatada de sus epístolas, *la de muchas maneras varia sabiduría de*

Dios (1). Comparemos un momento a Sor Angela con San Francisco. Así, deleitándonos, llegaremos más pronto a la entraña del tema.

Los senderos por donde la Sierva de Dios llegó a la cima de la pobreza evangélica, no son los de San Francisco. San Francisco empezó siendo rico; se entregó como un inconsciente al alegre vivir que es flor seductora de las riquezas, alegre vivir de festines con músicas y versos a estilo provenzal; y hasta sintió en el alma, le mordió en el corazón ese afán de conquistar rango aristocrático que suele roer las entrañas de los nuevos ricos; pues veleidades tuvo de caballero medieval. ¿Para qué otra cosa se ciñó armadura, montó a caballo y tomó el camino de la Puglia?

Sor Angela, en cambio, nació y vivió desde el principio en nido de apacible pobreza evangélica, perfumado, como nido de ruiseñor, por las flores del temor de Dios, del trabajo escondido, de la dulce humildad de los pequeños. Su vida oculta se asemeja a un Nazaret sonriente y recatado. Así lo pregona su casita del barrio de Santa Lucía. Allí se deslizan, y en un cristiano taller de zapatería, los primeros años de su vida. No como los de San Francisco, tras el mostrador de un pañero codicioso.

San Francisco necesitó una violenta sacudida, una enfermedad grave y peligrosa, para despertar de sus mundanales sueños, para que se desvaneciera el doncel provenzal, el trovador, el novel caballero. Por la enfermedad le trocó Dios, y fué al salir de ella cuando los suaves horizontes de la dulce umbría se le trocaron en el fondo del corazón. Desde entonces añoraba, sin saberlo todavía, desposarse con la dama Pobreza.

Sor Angela tuvo el amor de la pobreza plantado en el corazón desde que nació. Vivía en ella como en su propio ambiente. En ella descansaba sin lloriqueo ni mohines de colegiala contrariada; gozosa y feliz como en el regazo de su madre. Los heroísmos que vendrán después florecerán con la misma naturalidad con que florecen los claveles en las macetas.

San Francisco pasó de rico a pobre a través de una recia tragedia doméstica. Se cumplió en él la palabra evangélica:

---

(1) Ef., 3-10.

Y los enemigos del hombre, los de su casa (1). Pedro Bernardone veía con vanidad complacida que su hijo soñara en cortes de amor y en blasones; pero no pudo sufrir que se desposara con la pobreza. Desencadenó una persecución a fondo. No descansó hasta que vió a Francisco desnudo en presencia del Obispo de Asís sin otro arrimo que el de Dios. El doncel frustrado tomó gallardamente por mote: «Ahora puedo exclamar mejor que nunca: Padre nuestro que estás en los cielos». Y al fin venció.

Sor Angela no tuvo que pasar de rica a pobre, sino de un hogar pobre a un convento pobrísimo, y el paso tuvo aquella suavidad divina con que Jesús abandonó Nazaret para no tener ni donde reclinar la cabeza. No se oyen agrias disonancias en la casita de Santa Lucía cuando llega el momento de la separación, porque allí todos entienden como buenos cristianos la primera bienaventuranza: *Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* El único runrún disonante fué el de los devotos concertaditos, tal vez el mismo que describió Santa Teresa con estas líneas: *Una grita de las personas con quien se trata, y aun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella; que se hace santa; que hace extremos para engañar al mundo, y para hacer a los otros ruines; que son mejores cristianos sin esas ceremonias* (2).

Asís comenzó por no entender a San Francisco, y le entregó, como si éste fuera un loco, a la chiquillería y a lo que llaman en Italia la teppa. La chiquillería y la teppa lo convirtieron en fábula y ludibrio. ¿Qué entendía de pobreza evangélica la orgullosa ciudad, envenenada de competencias y rivalidades, como todas las ciudades italianas de entonces?

Sevilla, en cambio, comprendió desde el primer momento la divina estulticia de *la negrita,* porque tenía aprendida la pobreza en sus Cristos desnudos, y en la escuela sapientísima de un Mañara. Hasta ahogó con rapidez el runrún de los devotos concertaditos. En ambiente de paz, sin vendavales arrasadores, ni

(1) Mat., 10-36.
(2) *Mor.*, VI, cap. I.

canículas agostadoras, brotó la flor del campo y creció a los ojos de Dios y de los hombres.

Mas si los senderos de San Francisco y de Sor Angela trazan en las laderas del monte líneas diversas, la cima que ambos alcanzaron fué la misma: la perfecta pobreza evangélica con todos sus heroísmos. La dama Pobreza robó el corazón al doncel de Asís y le sacó de seso en un arrebatado enamoramiento de pasión heroica. Desde entonces el sueño dorado de su vida, la nueva poesía divina del trovador, fué vivir como los pájaros, que *ni siegan ni allegan en graneros;* como los lirios del campo, que *no se afanan ni hilan;* como feliz mendigo de Dios, sin otra regla de vida que la pureza y sencillez del Evangelio.

Así también Sor Angela. Cuenta Fray Luis de Granada que el Beato Juan de Avila decía de San Francisco, que si había amado la pobreza evangélica no había sido tan sólo porque ella corta la raíz de todos los males que es la codicia, o porque con su desasimiento prepara el corazón para contemplar las cosas divinas, sino por el amor grande y muy tierno que tenía a Cristo, de suerte que viéndole nacer y vivir tan pobre que no tenía sobre qué reclinar la cabeza, y sobre todo morir desnudo en cruz, no podía él acabar consigo de vivir y morir de otra manera que su querido Señor vivió y murió. Sor Angela, por el mismo amor de Jesucristo, no fué del todo feliz hasta que fué del todo pobre; hasta que no pudo copiar punto por punto, con fidelidad escrupulosa, la pobreza de los mendigos. Amó la pobreza con amor infinitamente más apasionado que una joven casquivana ama sus vanidades y sus lujos.

La piedra de toque para comprobar los quilates de la pobreza, es la generosidad con que se aceptan y hasta se buscan los efectos de ella, y en particular la humillación y la mortificación que son su corte. Como el campesino entendido y juicioso ama el árbol por sus frutos, así los santos aman la pobreza porque da frutos de mortificaciones y humillaciones. Por eso San Francisco, desposado con la pobreza, se embriagaba de gozo en sufrir y ser despreciado: ponía la perfecta alegría en verse rechazado a palos de uno de sus conventos, después de largo y fatigoso camino, en una noche helada y tempestuosa. Y por

eso también Sor Angela era insaciable de austeridades y humillaciones. La abyección y penitencia de una arrepentida, la vida mísera y despreciable de una lela, el eterno anónimo de *la tertulia,* la difamación calculada, todas las amarguras y humillaciones de la cruz, eran el dulce sueño de su alma. Con ardor y desvelo de enamorada se engalanaba con las joyas de la pobreza, que son desprecio y sacrificio, para robarle el corazón a Cristo pobre. Parece que está gozándose en su joyero cuando, con morosidad celestial, va repasando y contando en sus escritos los primores de humildad y austeridad que han de ser sus galas y las de sus Hijas.

Para alcanzar estos heroísmos de pobreza, humillación y sacrificio, hacen falta heroísmos de fe y de amor. Hay que creer heroicamente en el Sermón de la montaña, en aquellas deleitosas sentencias del Señor, que dicen: *No os congojeis por vuestra vida, qué comereis, ni por vuestro cuerpo, qué os vestireis.... pues sabe vuestro Padre celestial que todas esas cosas las habeis menester...* (1). Hay que llegar al heroico desprendimiento amoroso que exigen estas otras palabras divinas: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas* (el sustento y el vestido) *se os darán por añadidura* (2).

Por eso, al decir de un alma que tiene por centro de su vida la pobreza, en realidad decimos que ha llegado al perfecto amor de Jesucristo. Y así el amor de la pobreza culmina para San Francisco en el amor de Cristo, que centellea con fuego de serafines en las alturas rocosas y solitarias, pero sagradas, de la Verna, y el de Sor Angela en aquella expansión filial que tuvo con la Virgen Santísima, sobre la cumbre misma de su propio Calvario, cuando le dijo con timidez que estaba enamorada de su Hijo divino, *y una cosita más: loca de amor por El.*

Desde esta cima inaccesible a las almas prudentes según la carne, desde esta cima que da vértigos a las mediocridades espirituales, desde esta cima donde suele relampaguear la persecución de buenos, descendieron luego San Francisco y Sor Angela para seguir sembrando Evangelio en las almas. Y en

(1) Mat., 6-25.
(2) Mat., 6-33.

este punto es donde vuelven a separarse. Lo que buscan ambos es lo mismo en definitiva, pero el sendero por donde lo buscan es diferente. Lo vais a ver con suma brevedad.

Cierto día dijo Dios a San Francisco una palabra misteriosa que ni el mismo Santo entendió del todo: «Vé y restaura mi casa». Con ingenua sencillez se puso Francisco a restaurar la diminuta iglesia de San Damián, que como nido prendido en los árboles puede admirarse todavía en las afueras de Asís. Pensaba cumplir así el mandato de su Dios. Otra era, sin embargo, la restauración que Dios pedía. Dos resquebrajaduras profundas y amenazadoras se habian abierto en el templo del Señor. La una era la codicia de los eclesiásticos, que florecía en frondosidades mundanas de vanidad y lujo, y hasta se deslizaba como serpiente por las sinuosidades de la simonía. La otra era la protesta herética contra esa codicia, protesta que no sabía remediar males, sino demoler, como no lo han sabido nunca las herejías. Ambos resquebrajamientos planteaban con alarmante crudeza y con apremios de urgencia suma el problema vital de la pobreza evangélica. La misión providencial de San Francisco fué cerrar los resquebrajamientos; resolver el problema con su propia vida, viviendo la auténtica pobreza. Hacer que la esposa de Jesucristo, afeada con pomposidades mundanas, luciera, como en los días de sus desposorios, sus joyas verdaderas, las joyas de la pobreza evangélica. Si conseguía que el pueblo de Dios se hiciera franciscano *in passione,* la esposa del Señor enamoraría otra vez los corazones con su arrebatadora belleza divina. San Francisco cumplió su grandiosa misión *con exceso y hasta el exceso,* como diría San Pablo; con todas las hipérboles sagradas del amor. Europa se hizo franciscana.

La misión de Sor Angela era otra, porque otras eran, en sus días, las resquebrajaduras. No consistía sólo en vivir la pobreza, sino en convertirla en manantial de caridad. La mala distribución de las riquezas, como paladinamente enseña León XIII, ha resquebrajado la sociedad humana con resquebrajaduras que son abismos. Como si las hubiera abierto un cataclismo geológico. Las masas proletarias, según el modo de hablar de ahora, han huido en tropel de la Iglesia, en direcciones que parecen divergentes, pero que coinciden en su término: la conquista

a todo trance de los bienes materiales. La codicia envenenaba tanto a pobres como a ricos, y los lanza a una lucha sin fronteras, campal en algunas naciones, de encrucijada en otras. Los arbitrios humanos para cerrar el abismo van fracasando uno en pos de otro. El abismo sigue abierto, y el estruendo de la lucha es ensordecedor. Las masas se lanzan al crimen; los ricos se parapetan en sus riquezas. De un lado el asesinato y el incendio; de otro el derroche escandaloso, en vanidades y placeres, de lo que bastaría para acabar con la miseria de los pobres. Que se resuelva el problema social; pero sin que yo renuncie a un clip ni a una botella de champagne. Unense pobres y ricos, son adoradores del mismo ídolo, las riquezas; sólo que la liturgia sacrílega de los unos es la rebeldía revolucionaria, y la de los otros, los bailes y los banquetes. La lucha entablada hará pasar el ídolo de unas manos a otras; pero mientras esté ocupado el altar del corazón, no habrá paz. Quien derroque el ídolo será quien resuelva el conflicto. Cuando el amor cristiano ocupe el nicho que ocupa la codicia. No es mera cuestión de leyes, organizaciones y tácticas; es cuestión de que los corazones se truequen, de que miren a lo eterno para que aprendan allí las normas con que ha de gobernarse lo temporal.

Misión de Sor Angela fué evangelizar la paz en nuestro mundo convertido en campo de batalla, cooperar a la resolución del trágico antagonismo entre ricos y pobres. Y cooperó a estilo de San Pablo. San Pablo no subordinó la solución del problema, que a nosotros nos angustia y que ya existía en su tiempo, a una nueva estructura social, sino a que entrara el espíritu del Evangelio en las almas. Por eso escribió aquellas valientes palabras que son enigma indescifrable para los sociólogos sin fe, pero luz de sabiduría para los santos. Respondiendo a preguntas de los Corintios dijo: *Cada uno en la vocación en que fué llamado persevere. ¿Siervo fuiste llamado? No te dé cuidado, antes bien aprovéchate. Porque el llamado de siervo en el Señor, liberto es de Cristo; igualmente el llamado de libre, siervo es de Cristo* (1).

Sor Angela siguió estos caminos de San Pablo. Mas como

(1) I Cor., 7, 21-22.

ella no tenía misión de predicar con la palabra, predicó con el ejemplo. Fué puñadito de levadura evangélica, depositado en la masa del pueblo sevillano, que la leudara toda, según la conocida parábola del Señor.

Puso como criterio supremo de su vida y de su obra tres principios que son la negación radical del espíritu que trae dividido al mundo, sin pregonarlos con pomposas declamaciones, pero viviéndolos con heroísmo. Primer principio: consagrar su vida y su Instituto, y esto por entero y de corazón, al bien de los pobres. Segundo principio: para promover ese bien, vivir la vida de los pobres con todas sus privaciones y sacrificios. Tercer principio: allegar los medios materiales para socorrer al pobre, viviendo heroicamente la pobreza, de modo que la pobreza heroica sea el capital cuyas rentas sustenten al menesteroso.

La prudencia humana se pierde en estas alturas; pero la sabiduría de Dios las ilumina. Falla el lenguaje laico y hay que tomar las ideas y las formas del Evangelio y de San Pablo.

Una mujer, con fervorosa devoción, ungió a Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, con un perfume costoso. Hubo quien la murmuró diciendo que hubiera sido mejor vender el perfume y dar su precio a los pobres. Jesús la defendió con estas palabras: *Pobres teneis siempre con vosotros* (1). Una hermenéutica ególatra podría tomar pretexto de estas palabras para desentenderse de los pobres y emplear en caprichos lo que podría y debería remediar a los necesitados; pero Sor Angela sabía que estas palabras deben interpretarse a la luz de todo el Evangelio y en particular de aquellas gravísimas sentencias: *Venid, benditos de mi Padre.... porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregrino fuí y me disteis posada; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel estaba y me vinisteis a ver... En cuanto lo hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (2). Y dejando a otros seguir otros caminos, escogió para sí, movida del espíritu de Dios, derramar íntegro el vaso de alabastro sobre los pobres, imagen viviente

(1) Mat., 26, 11.
(2) Mat., 25, 35-40.

de Jesucristo. El vaso de alabastro era su propio corazón. Jesús había vivido en la tierra para evangelizar a los pobres, y ella quería vivir para socorrerlos y consolarlos. Hasta cuando pensaba en la vida contemplativa, de la cual tenía tan dulce experiencia, decía con las entrañas derretidas e inflamadas: «Pero mis hermanos, los pobres... ¡yo no los puedo abandonar!»

Dar el corazón no era en labios de Sor Angela una frase vacía. San Pablo había escrito: *Sabeis la gracia del Señor nuestro Jesucristo, cómo por nosotros se hizo pobre siendo rico* (1). Evangelizar a los pobres significaba hacerse pobre como ellos. Este ejemplo del Señor siguió Sor Angela. Dió el corazón a los pobres haciéndose pobre. No quería socorrerlos, permitidme la frase, de alto a bajo, sino sentándose junto a ellos. Y esto con todas las generosidades, renuncias y refinamientos de la pobreza. No podía sufrir que su propia comida fuese mejor que la de los pobres. ¿Quién habla de comer varios platos, si los pobres no comen más que uno? Su lecho, una tarima desnuda y una manta. El dormitorio de su convento, todavia más pobre que el hospicio de peregrinos de la Santa Caridad. Ella y sus Hijas, humildes criadas de los más necesitados y abandonados, pedirían limosna de puerta en puerta para socorrerlos. Mal vestidas, peor comidas, con sueño escaso y con trabajo que parece sobre las fuerzas humanas. Con todas las penalidades de los pobres.

Leyendo los escritos de la Sierva de Dios se ve que con deleite inefable se goza en establecer punto por punto estos santos refinamientos. Repitámoslo una vez más: como si estuviera recreándose en su joyero. *Fecit illud charitas.* Esto hace el amor, como diría San Bernardo.

Con ser todo esto tan grande, lo es mucho más aquella resolución de allegar limosnas para los pobres, no con artificios humanos, que rebajan el espíritu sobrenatural y dejan casi siempre en pos de sí un rastro de desedificación, sino con el ejercicio heroico de la santa pobreza. Creyó con toda su alma en estas divinas palabras que escribió Santa Teresa a sus Hijas: *No penseis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del*

(1) II Cor., 8, 9.

mundo, os ha de faltar qué comer, yo os aseguro; jamás por artificios humanos pretendais sustentaros... los ojos en vuestro Esposo; El os ha de sustentar; contento El, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos... Es el Señor de las rentas y de los renteros; verdaderas son sus palabras; no pueden faltar; antes faltarán los cielos y la tierra. No le faltemos nosotros, que no hayais miedo que falte (1). Es la cumbre del heroísmo evangélico. La locura que ni el mundo, ni las mediocridades espirituales, podrán entender nunca, y que nosotros, por misericordia de Dios, tenemos delante de los ojos, en los escritos de Sor Angela, cuando enseña a sus Hijas cómo han de tratar con los ricos. Nada de ese sutil espíritu marxista, que da matices de menosprecio, resentimiento, acritud, al trato con los ricos; agradecerles lo que hagan, ayudarles con toda el alma a servir a Dios, amarlos como a hermanos, pero la confianza en solo Dios; y para atraer las larguezas divinas, todos los heroísmos de la pobreza. Otros podrían pensar que estas divinas sublimidades son hipérboles oratorias. Vosotros no, porque las veis hechas carne y sangre en las Hermanitas de la Cruz.

El surco abierto por Sor Angela de la Cruz, no es tan dilatado como el que abrió San Francisco; pero no es menos profundo. Milagro de Dios que sea tan hondo en un mundo como el nuestro, donde la pobreza evangélica es escándalo para unos y locura para otros. No podemos decir que el mundo, ni siquiera España, se haya hecho Hermana de la Cruz *in passione:* pero la profundidad del surco es innegable. A bandadas vuelan las almas virginales al Instituto de Hermanas de la Cruz; a bandadas se posan las Hijas de Sor Angela en los hogares pobres, derrochando edificación y caridad. A todos infunden veneración, como un Evangelio vivo. Basta repetir: «las Hermanas de la Cruz», para que todos nos recojamos reverentes. Un día trágico, bastó que alguien clamara: ¡que son las Hermanitas! para que los incendiarios les respetaran el convento. De toda España piden Hermanas, y quienes las logran, las rodean de ambiente de amor, parecido al de Sevilla. Enarbolan ellas, como su santa Madre, el

(1) *Cam. de Perf.*, c. 2.

estandarte de la perfecta pobreza, en cuyos pliegues va la paz del mundo, y contagian almas incontables de amor a la pobreza y a los pobres.

Podemos confiar que el surco se dilate, porque se va abriendo en silencio, como el labriego abre los suyos en la callada paz del amanecer. Las Hermanitas no tienen nada que contar al mundo, porque todo se lo cuentan a Dios. ¿Qué saben ellas de ese exhibicionismo rabioso y de ese clamoreo desenfrenado que nos aturde? Hacen el bien como Cristo manda, sin que una mano sepa lo que hace la otra. Por eso pone Cristo su mano en la esteva, junto a la mano de cada Hermana. Y por eso podemos esperar que los surcos se dilaten y multipliquen. Es Cristo el labrador.

Mientras no hay trivialidad que no tenga su centenario aparatoso, las Hermanitas celebran el de su Madre sin ruido, con una renovación de fervor y celo. Es la mejor corona que hubieran podido ofrecerle. Confío que este pregón de la Academia, dado al viento con tanto amor, no turbará silencio tan sagrado. No es un pregón para convocar a suntuosidades espectaculares, a fastuosas justas literarias, a propaganda clamorosa con atuendos tipográficos y fotográficos, a levantar estatuas o monumentos conmemorativos, pues en ese crisol que se llama el corazón de Sor Angela de la Cruz todo esto se reduce a cenizas; es pregón para esparcir lo más lejos posible el buen olor de Cristo, que Sor Angela difundió durante su vida y sigue difundiendo después de muerta; para suscitar almas que quieran seguir con fervor las sendas de la Sierva de Dios, que son sendas de amor cristiano al desvalido; para que Sevilla derroche, como nunca, en este año de hambre y miseria, su tradicional caridad con los pobres. El mejor himno del centenario sería un intenso rumor de gratitud que brotara del corazón de todos los menesterosos hacia la *negrita,* zapaterita y tontita, porque su centenario les trajera vestido, pan, techo en que cobijarse, caridad cristiana desbordante, cordial, heroica, sin peso y sin medida. Sabe la Academia de sobra que Sevilla se desborda incontenible cuando hay que ejercitar con los pobres la caridad de Jesucristo.

HE DICHO

Homenaje poético a Sor Angela de la Cruz

por el Académico preeminente

Sr. D. Fernando de los Ríos y de Guzmán

Para cantar a Sor Angela,
que fué un ángel en la tierra,
yo quisiera que mi lira
tuviera tan dulces cuerdas
como el laud de los ángeles,
como el arpa del Profeta;
eco de celestes brisas,
blanco aliento de azucenas.
Ilumíname, Señor,
para cantar a tu Sierva
Sor Angela de la Cruz
que fué de humilde violeta,
cuyo azul perfume —el alma—
goza de tu luz Eterna,
incorporado a tu aliento
y reintegrado a tu esencia.
Sor Angela de la Cruz,
siempre quiso ser de Ella,
de la Cruz de Jesucristo,
a la que abrazada reza,
viva planta trepadora,
de la Cruz mística hiedra
que, ascendiendo por el tronco,
los pies del Redentor besa.
Golondrina de fervores



Estancia de la Casa Matriz en la que pasó a vida mejor la Sierva de Dios Sor Angela de la Cruz

que hasta su corona vuela
y le arranca las espinas
que las sienes le ensangrientan.

Madre Sacramento, en éxtasis
igual que Santa Teresa,
que en el mármol del Bernini
con vida del cielo alienta,
soñó en abstracción celeste
la visión de una doncella
fundadora de un convento
luz de la Santa Pobreza,
y aquella visión soñada
la alcanza realidad hecha.
Sor Angela de la Cruz,
ángel que el sueño diseña
con dulces líneas de augurio
en anhelos de profeta,
al servicio de los pobres
funda una casa fraterna,
donde las hijas sin madre
amorosa Madre encuentran.
Humilde Sierva de Dios,
del Señor humilde Sierva,
fundó con raíz de mieles
y con cimientos de cera
—su corazón el panal—
la Compañía fraterna
de la Cruz, que de sus brazos
es sombra sobre la tierra,
enjambre de amor celeste
de la celeste colmena
que el Colmenero Divino
con sus flores alimenta.
Sor Angela de la Cruz
Guerrero y González, Sierva
de Dios, como el Pobrecito
amas la Santa Pobreza;

das de comer al hambriento,
al que no sabe lo enseñas,
y atiendes al contagioso
con heröica asistencia,
sin el temor al contagio,
como aquella Santa Reina
de Hungría, a la que Murillo
en acto de amor nos muestra.
La calle de los Alcázares,
Alcázar de la Pobreza
para los huérfanos pobres
en la casa madre encuentra.
Desde Don Miguel Mañara
y Vicentelo de Leca,
hasta Sor Angela, vuela
un arco iris celeste,
nuncio de una aurora eterna
que sobre el Valle de Lágrimas
es puente de la conciencia.

Al ocaso de un invierno,
el de su vida se acerca;
al ocaso de un invierno
y al pie de la primavera,
anuncio de la perenne,
donde la flor es perpetua,
en el lecho del dolor
—¡hermano dolor!—, sin quejas,
Sor Angela de la Cruz
su crucifixión espera,
y anhela la expiración
que es nacer a vida eterna.
Y es la noche —alto silencio
que espacio y tiempo silencian—
madrugadora la Muerte,
pues madruga de impaciencia
para liberar el alma
de la cárcel de la tierra,

a la llama, de la nieve,
y a la luz, de las tinieblas,
sin la guadaña, de blanco,
como a comunión primera.
De puntillas, muda, ingrave,
a Sor Angela se acerca,
y postrándose de hinojos,
la frente pura le besa.
Sor Angela le sonríe
con sonrisa de azucena,
y en tres suspiros del alma
el alma al Creador entrega,
el alma de luz y aroma,
de arrullo, trino y endecha
que las alas del Paráclito
inunda de transparencias,
y el blando pecho de arrullos
de alboradas de azucenas.
Ante sus restos mortales,
de hinojos Sevilla reza,
despetalándose en flores
de amor por la Madre muerta.
En la cripta del convento
las Hermanitas la entierran.
Y dos luces perdurables
que ante su tumba destellan,
simbolizan dos miradas
de amor, que perennes vuelan.
¡Convento de los Alcázares,
Alcázar de la Pobreza,
las cenizas de Sor Angela
que tu espíritu cimentan
—¡oh milagros del amor!—
se hacen una ingente hoguera
que en áureo vuelo de llamas
hasta los Cielos se eleva!

Nítido, inefable sol,
inunda mi oscura mente
de tu luz con el torrente,
que soy de ti girasol;
depúrame en tu crisol,
por que en el oro del alma
la turquesa de la calma
engarce, con la ilusión
de elevarte una oración
de la fe con la áurea palma.

Sor Angela de la Cruz,
ángel en cruz de ascetismo,
azahar del misticismo,
cielo del cielo andaluz,
fuente clara de la luz
que virgen mana de Dios
y de su hoguera va en pos;
pues luz de Dios emanada
y a su fulgor retornada
desde la tierra, sois vos.

Angel bajado a la tierra
y para el Bien descendido;
sol de bondad ascendido,
pues del mundo se destierra.
Que a la luz nadie la entierra;
blanco fulgor la virtud,
ve cuna en el ataud
de lo eterno, que no encierra;
paz con la batalla en guerra
y perpetua juventud.

Vuelo de llamas de amor,
hoguera mística en vuelo
y vertical del anhelo

en ascendente fulgor;
blanco aroma de alba flor;
ángel de la Caridad
en brazos de la Verdad
absoluta del Creador;
nieve de abrasante ardor
en luces de eternidad.

Alma grande en cuerpo breve,
blanco aroma en verde brisa,
sierva del Señor sumisa,
alba de un albor de nieve;
luz gigante en tierra leve,
brazo abrazado a la Cruz
de la que mana la luz,
de donde la Vida llueve
y es aura que la hoja mueve
de la aurora a contraluz.

Santa Madre virginal
de la orfandad desvalida,
ave enlutada que anida
en árbol primaveral;
pecho de limpio cristal
para el fraternal amor,
virgen sierva del Señor
y de su jardín clavel,
amiga leal y fiel
de todo hermano dolor.

Sor Angela de la Cruz:
si a la hora de la Verdad,
en olor de santidad,
transparencia a contraluz,
tornaste a la Eterna luz;
a la hora de amanecer
al Sol del Divino Ser
mi espíritu, dame calma

para que ascienda mi alma
con ingrávido ascender.

Tu santa cripta silente
sobrecoge de emoción;
el aire se hace emoción
y se inclina reverente.
Se humilla y reza el creyente
con palabras de hinojos,
se hacen flores sus abrojos
y florecen sus espinas,
pues, alma, si allí te inclinas
verán otra luz tus ojos.

NIHIL OBSTAT

Dr. Francisco Alvarez

Canónigo Lectoral de la S. I. C. M.

Censor Ecco.

Lugar

del Sello

IMPRIMATUR

Sevilla 14 de Junio de 1946

Dr. Tomás Castrillo

Vicario Gral. del Arzobispado